



La Santa Sede

MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA II JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**"La prensa, la radiotelevisión y el cine
para el progreso de los pueblos"**

1968

Amados hijos y hermanos, y vosotros todos, hombres de buena voluntad:

Al invitarlos a celebrar, juntamente con Nos, la jornada dedicada a los medios de comunicación social, querríamos contribuir a que caigáis mejor en la cuenta del inmenso cambio que se está realizando ante nuestros ojos en este campo y de las graves responsabilidades que de ellos deducen para todos. Todavía ayer, muchos hombres no disponían, para nutrir sus ideas, más que de un bagaje escolar, más o menos remoto, de tradiciones de familia, de las reacciones del ambiente que les rodeaba. Hoy, en cambio, los ecos de la prensa, del cine, de la radio y de la televisión les abren sin cesar nuevos horizontes y los ponen a tono con la vida del universo entero. ¿Quién no se regocijará de un progreso semejante? ¿Quién no verá en él el camino providencial para la promoción de toda la humanidad? Todas las puertas están abiertas a la esperanza, si el hombre sabe dominar estas técnicas nuevas; pero, en cambio, todo podría estar perdido, si se olvidase de su responsabilidad.

La prensa, el cine, la radio-televisión, ¿servirán o no servirán para el progreso de los pueblos? He ahí la cuestión que Nos planteamos a nuestros hijos católicos y a todas las personas de corazón. Y ante todo, ¿de qué progreso se trata? ¿Del progreso económico? Ciertamente. ¿Del progreso social? Sin duda alguna. Lo hemos dicho ya en Nuestra encíclica "*Populorum progressio*" y lo repetimos sin cansarnos: el desarrollo, "para ser auténtico, debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y todo el hombre" (*Populorum progressio*, n. 14).

La nueva visión del universo, que el hombre adquiere gracias a los medios de comunicación social, quedará en él como una cosa extraña o inútil, si al mismo tiempo no le procura los medios para iluminar su juicio -sin orgullo ni complejos- sobre las riquezas y las deficiencias de su civilización, para descubrir, sin suficiencia ni amargura, las de los demás, para tomar en sus manos, con confianza, su propio destino, para construirlo en fraternal colaboración con sus hermanos, y finalmente, para llegar a comprender que "no hay mas que un humanismo verdadero, el que se abre al Absoluto" (*Populorum progressio*, n. 42).

¿Es precisamente esta toma de conciencia, esta apertura, la que favorece el torrente de palabras, de artículos y de imágenes que se vierten a diario sobre el mundo? Este es el problema que querríamos plantear a todos los responsables de la prensa, la radio, el cine y la televisión, deseosos de trabajar generosamente al servicio de sus hermanos, los hombres. Tan peligroso sería fomentar en un pueblo el espíritu de suficiencia y exacerbar su nacionalismo cerrado, como es conveniente ayudarle a descubrir, con legítimo orgullo, los talentos materiales, intelectuales y espirituales con que el Creador le ha dotado, para que él los valore, con provecho de toda la comunidad de los pueblos.

Tan engañoso sería mantener una oposición sistemática y un espíritu de crítica corrosivo y destructor, dejando creer así que la revolución violenta sería la panacea universal capaz de hacer desaparecer todas las injusticias, como es conveniente abrir los ojos de los que tienen la responsabilidad sobre las situaciones intolerables, denunciar los abusos que claman al cielo, orientar la opinión hacia las "transformaciones audaces, profundamente innovadoras, reformas urgentes que hay que emprender sin demora" (*Populorum progressio*, n. 32).

En un mundo, donde a tantos hombres les falta lo necesario, de pan, de saber, de luz espiritual, sería grave utilizar los medios de comunicación social para reforzar los egoísmos personales y colectivos, para suscitar, en los que ya poseen bastante, nuevas y falsas necesidades, fomentar su sed de placeres, multiplicar sus ocios estériles y enervantes. Superada esta tentación, se les ofrece una empresa capaz de suscitar todos los entusiasmos: hay mucho que hacer para dar respuesta a una humanidad agobiada, para poner de relieve, al mismo tiempo, los esfuerzos de cooperación, los gestos de ayuda y las iniciativas pacíficas, suscitando también una sana emulación portadora de esperanza.

¿Quién no ve, en este juego dramático de que es objeto nuestro mundo, la importancia de los medios de comunicación social, para ayudar al "verdadero desarrollo, que es el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas?" (*Populorum progressio*, n. 20).

Los cristianos, por su parte, no deberían olvidar que esta fraternidad que los une a los demás hombres, tiene como raíz una misma filiación divina. El Dios vivo, fuente y término de los valores supremos, es al mismo tiempo su garantía. A todos, a nuestros hijos católicos en particular, les

pedimos que hagan todo lo posible para que los medios de comunicación social, en un mundo que busca como a tientas la luz capaz de salvarlo, proclamen a la luz del día (cf. *Mt* 10, 27) el mensaje de Cristo salvador, "camino, verdad y vida" (*Jn*, 14, 6). Aportarán así su contribución insustituible a este progreso de los pueblos que Nos anhelamos, juntamente con todos los hombres de buena voluntad, y por el que tenemos propósito de trabajar con todas nuestras fuerzas: "El porvenir está ahí, en el llamamiento imperioso de los pueblos a una mayor justicia, en su voluntad de paz, en su anhelo, consciente o inconsciente, de una vida más alta; aquélla que precisamente la Iglesia de Cristo puede y quiere darles" (introducción a los [Mensajes del Concilio al mundo](#), 8 de diciembre de 1965).

Este es el futuro que os invitamos a construir generosamente. Y, con estos sentimientos, de todo corazón os bendecimos.

El Vaticano, 26 de marzo de 1968.

PAULUS PP. VI